

Ocurre todavía de Eduardo Hurtado

Crónica de una vivisección

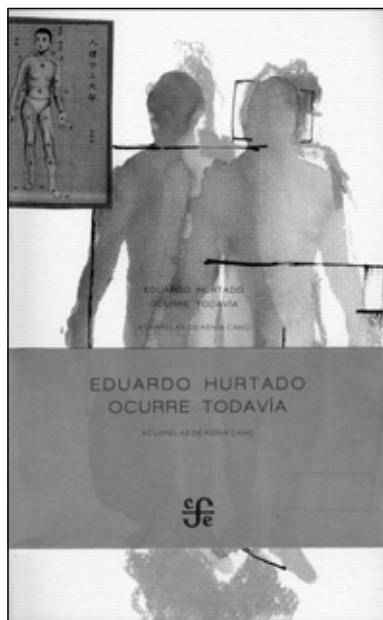
Kenia Cano

Y ocurre todavía que dos disciplinas conversan. En el debate de la relación interartística, una de las ideas rectoras es la posibilidad de realizar transferencias, intercambios o colaboraciones, no sólo de temas sino de algunas estructuras y recursos. En sentido estricto, la imaginación es *el sitio* donde lo literario y lo visual se funden.

De las acepciones de la palabra “ilustrar” conviene excluir, cuando se habla de un trabajo en el que pintura y poesía conviven, la que alude al acto de “adornar un impreso con láminas o grabados alusivos al texto”; en cambio, hay que explorar más a fondo aquella que consigna el acto de “dar luz al entendimiento”. El que ilustra se propone entender *de otra forma* los múltiples sentidos de una obra.

Cifra itinerante es una colección de acuarelas que surge de la lectura de los poemas que conforman el título más reciente de Eduardo Hurtado: *Ocurre todavía*. Entrega una faceta distinta y al mismo tiempo complementaria del complejo universo implicado en la topografía amorosa del libro. Esa otra faceta bien podría tener otros nombres: *Anatomía inconclusa* o *Relato pormenorizado de una vivisección*.

Como cifra inicial de *Ocurre todavía*, Hurtado echa mano de un epígrafe de Juan de Yepes: “A la tarde te examinarán en el amor”. La línea no aparece firmada por san Juan de la Cruz, el más grande lírico de la lengua española. Tampoco se citan los versos subsiguientes de la “Oración del alma enamorada”: “Aprende a amar como Dios quiere ser amado y deja tu condición”. Profano, Hurtado ama, como Dios manda, a la mujer de carne y hueso: sí en la “íntima comunicación de amor”, pero en su condición humana entrañable. El libro



conforma un alfabeto, no de temas amorosos sino de realidades vertiginosas en las que el amor aún *sucede*.

Toda confesión delata pero sobre todas las cosas sana. Es posible entrar con *el pie* derecho en una relación; no tener *pelos en la lengua* para emprender una aventura; ser *uña y mugre* a pesar de cualquier expectativa; tener *la cabeza* en su sitio para saber si a quien le echamos *el ojo* es la persona entrevista. Desde esta anatomía común del cuerpo humano se escriben nuestras historias amorosas. El poeta está destinado a desordenar el mapa ordinario del lenguaje y no “ama con todo el corazón” sino con todos los órganos: “Arrastras / en tus vuelcos / el corazón que en vano / busca precisarte / un límite; / no sólo / el corazón: también / el hígado, tres tantos / de riñones / una bola de vísceras / pulsantes / y sangradas”. No puede explicarse el amor sin estos dislocamientos, estos cambios de ubicación. En este nuevo imaginario, el amor mismo deviene “más veloz / y más lento, / porque al arder / desnuda / y al abrazar / modifica y consume sus materias”.

¿Cómo corresponder plásticamente a la materia sonora y visual de la poesía? ¿Cómo retratar su composición o refun-

dar su hechura? ¿Existe un color propicio para el desamor? ¿Alguna textura para la plenitud? ¿Líneas para el aroma de la piel? ¿Una sintaxis visual para el susurro?

Los órganos nombrados se abren al misterio, a una nueva ubicación (aquella que el amor dispone), o en su defecto al desencanto. “Fuimos de hondo / en hondo / desnudos / como huesos / que se entierran”. Y en las disecciones sugeridas *visualmente* la imagen viva se yuxtapone a lo óseo. Así, las acuarelas que cohabitan con los poemas buscan trasladar algunos fragmentos del relato verbal a partir de un conjunto de vivisecciones, no realizadas sobre el cuerpo de los criminales, como en *Alejandría*, sino sobre un inventario de ganancias y pérdidas que dejan ver su amorosa imperfección.

Toda vivisección descarta a toda costa la idea de cadáver. Pero es requisito de *cada ver* explorar y recrear los hechos que ocurren todavía. ¿Cómo se disecciona una emoción? ¿Cómo se explora un recuerdo entrañable? Desde el asombro y la quietud, el anatomista, al igual que el poeta, corta y abre para rastrear, ver y, de ser posible, precisar. Pluma y escalpelo, pincel o barra de grafito señalan los residuos, escinden la primera piel para revelar lo que hay debajo: “...porque allá afuera / las cosas / no suceden de acuerdo / a su interior”.

Lo dibujado plantea una lectura anatómica. En el sitio del pulmón izquierdo puede leerse: “mudable, itinerante, pretende andar ahí cuando lo invocan”; o, en el ojo derecho: “modos de ciego que indaga en lo recóndito”. La poesía nombra lo que sí es de acuerdo a su interior. La poesía: disectora mayor, capaz de *herificar* y edificar la herida que lo ve todo. Y la imagen, como hermana gemela, muestra

pájaros que señalan “la cifra de las piernas”, o escorpiones en el lugar del sexo. En esta anatomía topográfica se entregan mapas en los que persiste el misterio.

En *Historia del cuerpo*, Francisco González Crussí nos revela una de las diferencias fundamentales entre Oriente y Occidente cuando se trata del conocimiento del cuerpo humano. En la visión occidental, la piel se desprende para dejar ver qué hay detrás; en España, a los cuerpos dispuestos para el análisis se les llamaba “despellejados”. Una lógica que avanza de la superficie a la profundidad, para dejar a la vista una estructura interna. En Oriente, por el contrario, se procede de la profundidad a la superficie, para centrar la atención en la energía invisible del cuerpo. Tanto en los poemas de *Ocurre todavía* como en la colección de acuarelas que los acompaña se obra de ambos modos.

Para completar este relato anatómico, eco visual de la fabulación lingüística de Hurtado, me permito describir algunos procedimientos:

Recortar. Indispensables las tijeras. Separar de la superficie original. Arrancar el

recuerdo. Aislar. Seguir el contorno del objeto de estudio. Elipsis de la memoria amorosa.

Trazar. Definir una silueta: el cuerpo a examinar. Sin plancha; sólo la página para colocar el objeto de estudio.

Colorear. El color carne quizá como fondo / y un fondo verde bermellón entre costillas. El desamor como un rosa pálido o un amarillo limón. El ardor: grafito desmesurado. Hurtado escribe: “y predije / tus piernas / de nervio / y traslación, / y anticipé / la mancha / oscura que / rueda / lentamente por tu espalda”. Pintor también, el poeta profetiza y dibuja el cuerpo amado.

Pegar. Al sitio de la duda y de la incertidumbre acuden monografías chinas con una caligrafía inquietante y atractiva. Se sugiere la aparición de otro idioma, un lenguaje no domesticado. Una precisión desconocida. Eco quizá de este verso: “sombras / que arrojan sombras, / como los cuerpos / que las nacen”. El cuerpo como un mapa difícil de descifrar: “Estas y tantas cosas / que hacen de nada / un cosmos, / que acrecen como un fuego / el

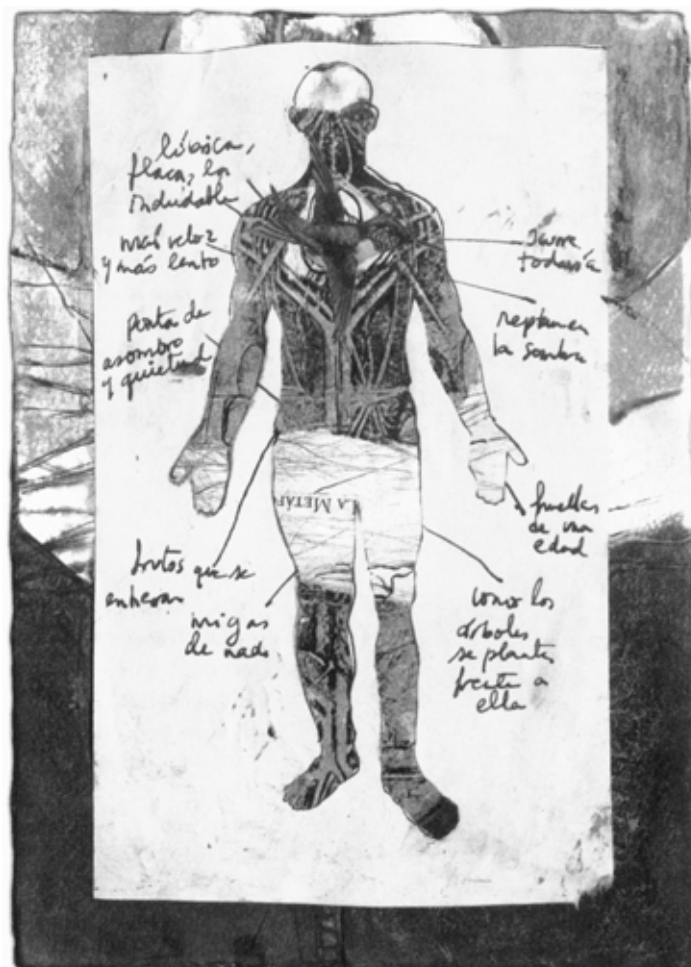
espesor del canto / yo no las sé decir; / por eso aguardo / a que tu lengua / y el código / cifrado de tus gestos / me asistan / cada vez. Y ellos / acuden / con figuras extrañas, / trabalenguas, enigmas: / con eso escribo”.

Difuminar. Con una sensación de dependencia y fragilidad ante lo monstruoso. Un lenguaje abstracto asoma (“entre carroñas / y derrumbes”; “del brazo de los dioses abolidos”), a veces teñido de un color opaco y gris.

Yuxtaponer. Formas y siluetas: rugosas, translúcidas, densas, fantasmales. Sólo en esa multiplicación del cuerpo puede mostrarse cierta plenitud. “Devoto de tu piel / sin lociones ni adornos, / de tu olor comedido, / de tus trapos más íntimos, / soy / el que ha soñado / en despertar / contigo / hasta el día del horno / y las cenizas”.

Al final, el libro: doble recuento de la manera esencialmente compleja en que la pasión amorosa (hervidero de sombras, albos, hallazgos, confusiones) ocurre todavía. **U**

Eduardo Hurtado, *Ocurre todavía*, acuarelas de Kenia Cano, Fondo de Cultura Económica, México, 2016, 85 pp.



Acuarelas de Kenia Cano, tomadas del libro *Ocurre todavía* de Eduardo Hurtado